

**Racismo y otredad en el positivismo argentino. Algunas notas sobre Carlos Bunge y
José Ingenieros**

Martín E. Díaz

Universidad Nacional del Comahue

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Interculturalidad y

Decolonialidad – CEAPEDI.

Neuquén. Argentina

mdiazfilo@hotmail.com

Abstract

The aim of this paper is to enquire about the processes of invention of otherness which derive from the discursive strategies deployed by certain members of the so-called Argentinean positivism from the late 19th and early 20th centuries, such as Carlos Octavio Bunge and José Ingenieros. Therefore, the aim of this research is to explore the emergence of these discursive strategies which shall enable the establishment of borders among what is civilised and what is not, what can be socialised and the potential social hazards. In this context of “Argentinean race” search, the creation of an expulsive and normalising look of otherness arises, transforming it into object of a discourse which precedes it and which prescribes its desirability and undesirability for life.

Key Words: racism, science, otherness, positivism, Argentinean race

Resumen

El objetivo de este trabajo es indagar los procesos de invención de la otredad que se desprenden de las estrategias discursivas desplegadas por ciertos integrantes del denominado positivismo argentino de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, tales como Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. En este sentido, el propósito de esta indagación es explorar la emergencia de estas estrategias discursivas las cuales harán posible

sancionar los límites entre lo civilizado e incivilizado, lo socializable y los potenciales peligros sociales. En este contexto de búsqueda de una ‘raza argentina’, aparece la generación de una mirada expulsiva y normalizadora de la otredad, convirtiendo a la misma en objeto de un discurso que le antecede y prescribe su deseabilidad e indeseabilidad para la vida.

Palabras Clave: racismo, ciencia, otredad, positivismo, raza argentina

Introducción

La emergencia de la Argentina moderna supuso la configuración de un proyecto epistémico-político capaz de sancionar la valía de aquellas ‘vidas merecedoras de ser vividas’, así como dictaminar las fronteras entre lo humano e inhumano, los bordes entre la norma y la anomalía, los límites entre la adaptación y la peligrosidad.

En este proceso de invención de un cuerpo social que pretenderá ajustarse a los mandatos de una nación civilizada y moderna, las elites intelectuales vernáculas jugarán un rol preponderante en el diseño de una ‘nacionalidad ideada’ que exprese de manera cabal aquello ‘que somos’ y, por contrapartida, pondrán en juego una serie de prácticas y estrategias a partir de las cuales procurarán explicar y tratar las causas de ‘nuestros males’, las razones de nuestro atraso, los peligros que acechan o corrompen desde adentro.

Así pues, en este contexto de recepción y reapropiación por parte de las elites intelectuales argentinas de todo un conjunto de teorías biológicas que van a converger a comienzos de siglo XX en el llamado ‘positivismo argentino’, el pensamiento de Carlos Bunge y José Ingenieros alcanzará un lugar destacado en el análisis de los problemas relativos a la ‘cuestión social’ y en el tratamiento de la misma. En este sentido, el problema de la otredad -simbolizado en el indio, el negro, el mestizo y el inmigrante- emergerá en la preocupación central a resolver frente a la necesidad de construir y preservar una ‘sociedad sana’ que garantice el progreso social.

Si bien la labor intelectual y política de estos referentes del positivismo argentino poseen entre sí evidentes contrapuntos y matices en lo que respecta al análisis y tratamiento de ‘nuestros males’, el objetivo de este trabajo no radica en una indagación sobre el contenido total de sus obras, así como en los posibles puntos de encuentro y desencuentro

entre la producción teórica de estos intelectuales. El propósito más bien es desentrañar la trama de poder en que se inscriben estos discursos, el orden social que se procura legitimar a partir de los mismos, los efectos de tales prácticas discursivas en la construcción y negación de un 'otro' avizorado como indeseable o peligroso para la vida social en el contexto de la Argentina del primer centenario.

Males residuales que perduran: indios, negros, mestizos y mulatos

I

El sueño por la civilización involucra el deseo de borrar todo resquicio de barbarie. Si bien, esta dicotomía resultó la clave de interpretación sociohistorica predominante dentro de las elites criollas artífices de la argentina decimonónica, las transformaciones demográficas y socioeconómicas acaecidas en la Argentina de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX exigirán ahora de la intervención de los 'hombres de ciencia' integrantes de la denominada cultura científica argentina en pos de diagnosticar los males internos que aquejan a nuestras sociedades.[1] Es este el momento de emergencia de otros 'arsenales discursivos' desde los cuales valerse en pos de examinar las causas de nuestro atraso y los medios más eficaces para combatir las 'plagas sociales' que impiden la modernización del país. Ya no se trata por ello del llamado a la limpieza étnica de aquellos territorios inhóspitos antaño poblados por 'razas estériles'[2] sino del desarrollo de un conjunto de intervenciones sobre un cuerpo social en el cual subsisten de manera residual elementos degenerativos de la raza humana y, más propiamente, de una raza argentina en ciernes.

En el análisis psico-socio-biológico propuesto por el intelectual y jurisperito argentino Carlos Octavio Bunge en su obra *Nuestra América* aparece una de las más claras expresiones de una visión fatalista respecto al futuro de los pueblos que componen Hispanoamérica.[3] La propensión al fatalismo, la carencia de aspirabilidad[4] a las formas superiores de la evolución humana, aparecen para Bunge como el común denominador de las razas americanas, lo cual explica las razones de su conquista y esclavitud a manos de aquellos pueblos más aptos o mejor dotados en la lucha por la vida y, además, la miseria material y moral en la que se encuentran las sociedades americanas.[5]

Los males de Hispanoamérica, y por sedimento en la formación del carácter psicosocial del ‘ser argentino’, encuentra su respuesta desde esta lectura sociobiológica, en los entrecruzamientos biológicos perpetrados en el continente entre indios, negros y blancos conquistadores, dando vida al mestizaje como problema físico y moral que pervive desde las simientes de la América del sud.

Por ello, tanto el indio y el negro constituyen testimonios palmarios de la ‘derrota histórica’ a manos de las civilizaciones más evolucionadas en la disputa por la vida, lo cual explica la inevitable desaparición de estos seres inferiores en el continente. Se trata de una ‘derrota histórica’ que en el caso del indio se manifiesta irreductiblemente en la conformación de su espíritu triste, decadente y vengativo resultado de su natural propensión al fatalismo:

“El indio puro que vive oculto en sus bosques, tiende hoy a desaparecer, avergonzado, corrido, ofuscado, aniquilado por la civilización. No conoce de ella más que sus venenos la miseria, la guerra, la cárcel, el alcohol y tabaco le debilitan e intoxican, hasta producir la muerte de la especie, su disolución por degeneración.”[6]

No obstante esta progresiva desaparición del ‘indio puro’ al igual que del ‘negro puro’ a partir del contacto con las civilizaciones que han alcanzado un mayor grado de evolución, la naturaleza ha contribuido a la extinción de estos seres merced a los efectos benéficos de los que dispone en su proceso de selección natural de las especies. De modo que en el desarrollo de una ‘raza argentina’ las pestes, hambrunas, tisis, fiebre amarilla, cólera han resultado para Bunge una fructífera estrategia natural que contribuyó a borrar selectivamente a estos elementos degenerativos locales aun presentes dentro de la vida colectiva: *“El alcoholismo, la viruela y la tuberculosis - ¡Benditos sean!- han diezariado a la población indígena y africana de la provincia capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos.”[7]*

La preocupación consiste entonces en establecer las causas de las ‘enfermedades’ que agobian a las sociedades americanas recurriendo para esto al papel de la herencia biológica y del medio en pos de detectar las consecuencias físicas y morales que conlleva el entrecruzamiento entre las razas inferiores y el hombre europeo.

El mestizaje aparece en esta dirección para Bunge como el caso paradigmático de la generación de un tipo antropológico primitivo, caracterizado por cierta inarmonía psicológica, relativa esterilidad y falta de sentido moral.[8] El mestizaje reproduce por tanto un tipo de hombre primitivo, antiguo y precristiano tal como es explicable los dos primeros rasgos por el principio de atavismo formulado por Darwin y reapropiado por Bunge. En esta clave el ‘problema psíquico y moral’ que representa el mestizo requiere para Bunge indagar tanto el rastreo de la herencia y el entrecruzamiento de sangre, así como detectar la influencia que ejerce el medio americano visualizado como un continente enfermo[9] en la modificación del tipo antropológico europeo llegado a estas tierras. Afirma el mismo Bunge:

“América modifica el tipo antropológico del europeo. Cualquiera que sea su origen, evidentemente el criollo no será nunca un europeo. Suponiéndole descendiente de pura sangre europea, el medio americano lo transforma. El problema sería saber si degenera o se regenera. En los países tropicales, diríase que degenera. No es un europeo allí, sino europeide.” [10]

Ahora bien, la preocupación de Bunge por detectar estos ‘males’ que subsisten residualmente en las cimientos de Nuestra América también se extiende a la valoración del mulato como otro de los ejemplos paradigmáticos de estas existencias tenidas como ‘plagáticas’. [11] El mulato representa por tanto un ser ‘parasitario’ y ‘oportunista’ el cual procura disimular su carencia genésica e innata cobardía a través del chantaje y el oportunismo producto de su ostensible incapacidad de luchar abiertamente con el blanco en la inexorable supervivencia por la vida. Dicho carácter antisocial y degenerado del mulato se manifiesta palmariamente en la conformación antropológica de un ser: *“...irritable y veleidoso como una mujer, y, como mujer, como degenerado, como el demonio mismo, fuerte de grado y débil por fuerza”* [12]

Así, en esta operación discursiva de invención de la otredad tanto indios, negros, mestizos y mulatos aparecerán como signos de una herencia oprobiosa que subsiste en la formación psicosocial del continente y de manera residual en la conformación del ‘ser nacional’ en una Argentina moderna en construcción. En esta clave para Bunge en América

del sud todo es sinónimo de pereza y decadencia, lo cual queda de manifiesto en su afirmación que: “*El pueblo argentino no sabe reír*” [13]

Por ello en la búsqueda de la ‘argentinidad ideada’ la defensa social frente a estos ‘parásitos antisociales’ y sus taras hereditarias constituirá una de las mayores labores del ‘hombre de ciencia’ en resguardo del triunfo de los caracteres superiores de la existencia humana capaces de garantizar el progreso de la nación. Frente a estos ‘males que nos aquejan’ el ‘remedio’ propuesto por Bunge será, siguiendo en esto a Patricia Funes y Waldo Ansaldi, el estudio positivo de la sociedad por parte de las élites y el ‘civilizar y europeizarnos mediante el trabajo’; esto es, enaltecer el trabajo como símbolo de modernidad y de progreso capaz de combatir la pereza inherente a los hispanoamericanos.[14]

II

Otro de los intelectuales emblemáticos de este momento de consolidación de lo que se conoce como el ‘positivismo argentino’ [15] y de una marcada recepción de las teorías evolucionistas europeas para la explicación del funcionamiento de la vida social, lo constituye la figura de Ingenieros. El interesante giro de un joven Ingenieros militante socialista [16] a un posicionamiento científicista y aristocratizante en su madurez pone en tensión algunas de las vicisitudes de este prolífico intelectual quien terminará ‘absorbido’ por la maquinaria burocrática estatal al formar filas como Jefe de clínicas en el Servicio de Observación de alienados de la Policía Federal y como director del Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaria nacional. [17]

Nos interesa en este apartado dar cuenta de algunos de los pronunciamientos efectuados por Ingenieros acerca de aquellas ‘razas inferiores’, como en el caso del negro y el indio, las cuales se encuentran, desde su positivismo evolucionista, en un inexorable proceso de extinción en la lucha por la vida.

En las tituladas *Crónicas de Viaje* narradas por Ingenieros [18] es posible recuperar algunas notas antropológicas acerca de la situación en la que se encuentran lo que él considera las ‘razas inferiores’ poniendo de manifiesto un profundo escepticismo acerca del *status* moral y cognitivo presente en las ‘razas de color’.[19] En las observaciones que darán vida a una de sus crónicas con motivo de su viaje a la Isla de San Vicente en Cabo

Verde, se hará visible frente a sus ojos el ‘espectáculo vulgar’ ofrecido por la indignidad natural del negro, símbolo de una escoria humana que aun no culmina de extinguirse. Su descripción relata la humillante condición antropológica del negro, ejemplo distintivo de una raza inferior a la que resulta imposible atribuírsele la capacidad de comprensión y ejercicio de los ‘derechos del hombre’ puesto que su grado de evolución biológica lejos de ubicarlo en el mundo civilizado alcanzado por los blancos lo aproxima decididamente al mundo de los simios. [21] De acuerdo al propio Ingenieros:

“Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología o las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal; las actitudes, los sentimientos de bestia domesticada, y, por fin, su mismo standard of live que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopiteco de Dubois.” [22]

Esta distinción antropológica entre la raza blanca y las denominadas razas de color actúa discursivamente como un mecanismo de identificación y estratificación entre los atributos naturales contenidos en una u otra raza y el reconocimiento jurídico-político posible de ser otorgado a las mismas. La probidad moral, el concepto jurídico de persona y la capacidad de lucha por la vida son vinculados de modo irreductible a los hombres de raza blanca, mientras que la ausencia de sentido moral, la incapacidad de producir cultura y de generar un fuerte instinto de preservación aparecen como marcas distintivas de una raza negra en vías de natural desaparición:

“Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción pueden hacerlo. Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como a las tortugas seculares del

Jardín Zoológico de Londres o a los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes.” [23]

Así, la precariedad instintiva del negro dentro de la lucha por la vida que caracteriza al conjunto de las especies, a la cual se suma la pobreza del medio en la que éste habita, lo convierte en un ser incapaz de todo tipo de organización cultural y social. La miseria en la que se encuentra esta ‘negrada indígena’ es observada por Ingenieros como el resultado de la escasa capacidad para valerse por sí misma en el mundo del trabajo, dando como resultado a un ‘parasitismo social’ constituido en un *modus vivendi* en estas escorias humanas. En razón de tal desdicha del negro producto de su infausta condición, la esclavitud constituía un resguardo material propinado por el amo respecto a una raza inferior incapaz de valerse por su cuenta y, además, establecía un momento en el cual los negros vivían o disfrutaban de una cierta felicidad:

“... la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para los negros. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos, tenía para ellos la ventaja de asegurarles la existencia. (...) Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos.” [24]

Si bien estas notas se inscriben en observaciones efectuadas por Ingenieros en otras latitudes geográficas, puntualmente en la costa atlántica del África, el valor de las mismas radica en la relación que se desprende entre la observación científica de estos cuerpos racializados y la legitimación de la inferioridad de ciertos seres en contraste con las formas humanas más evolucionadas.

Lo interesante de esta ‘descripción científica’ acerca de la inferioridad e inevitable desaparición del ‘negro’ reside en la aplicación de un conjunto de criterios gnoseológicos y antropológicos enmarcados -con ciertos matices- dentro de las teorías científicas europeas, más propiamente dentro de un positivismo evolucionista, los cuales formarán parte asimismo del ‘arsenal discursivo’ utilizado por Ingenieros en sus análisis acerca de las

taras hereditarias indeseables para el proceso de la modernización de la Argentina y para la formación de una ‘raza blanca argentina’.

En esta clave, el discurso acerca de la inferioridad natural de ciertos seres también es aplicable en Ingenieros al caso del indio puesto que el mismo representa un elemento refractario en la construcción de una nación moderna y, al igual que el negro, se encuentra en un inevitable proceso de extinción natural. En palabras de Ingenieros:

“En los países templados, habitables por las razas blancas, su protección (en el caso del indio) sólo es admisible para asegurarles una extinción dulce; a menos que responda a inclinaciones filantrópicas semejantes a las que inspiran a las sociedades protectoras de animales.” [25]

En tal sentido, la aplicación de los criterios gnoseológicos y antropológicos del positivismo, darwinismo, lamarkismo, evolucionismo, formulados por los ‘hombres de ciencia’ mencionados, constituirá un ejercicio de incorporación y reapropiación de estas estrategias discursivas en aras de legitimar la superioridad de la raza blanca en tanto ideal de evolución antropológica y cultural, así como en defensa social del orden establecido en el cual pudieron converger doctrinas sociales tan disimiles como el conservadurismo liberal y un socialismo aristocratizante dentro del denominado ‘positivismo argentino’. [26]

En este sentido, resulta menester visualizar el rol que adquirirán teorías tales como el spencerismo, la teoría de la degeneración de Auguste Morel y la ‘ciencia del cultivo de la raza’ propuesta por Sir Francis Galton, en el desarrollo de un proceso de medicalización de la vida de las poblaciones iniciado primeramente en Europa a mediados del siglo XVIII y *a posteriori* desplegado en América Latina y, a su vez, el papel de tales teorías como matriz constitutiva de las emergentes ciencias sociales.

En esta dirección, la recepción-reapropiación por parte de Bunge e Ingenieros del arsenal epistemológico y antropológico de estas teorías europeas y de los imaginarios acerca de la inferioridad y superioridad racial de los seres, reproducirá con matices dicho racismo biológico y epistémico en el nacimiento de las incipientes ciencias sociales en la Argentina moderna [27] y, además, pondrá en evidencia la actitud paradójica presente en estas figuras emblemáticas de las elites intelectuales vernáculas a partir de la generación de

una ‘doble conciencia’ [28] o cierta ‘bifrontalidad esquizoide’ [29] que consistirá en exaltar el ‘afuera’ subvalorando el ‘adentro’.

Esto no supone por cierto en el caso particular de Ingenieros desconocer en algunos pasajes de su vida su actitud antiimperialista y la exaltación de una Unidad Latinoamericana, fundamentalmente a partir del ‘descubrimiento’ de la barbarie en Europa como resultado de la primera guerra. Pero lo cierto es que su grado de elitismo lo conduce a rechazar -al igual que en el caso de Bunge- los principios republicanos de igualdad y justicia puesto que “...*la historia ignora la palabra justicia, se burla de los débiles y es cómplice de los más fuertes*” [30], así como suponer un destino de grandeza hegemónico de una floreciente ‘raza argentina’ ubicada en la cúspide de América Latina producto de su clima templado y su creciente población blanca.[31] De aquí que Ingenieros supondrá como factores intervinientes en la formación de una ‘raza argentina’ y su ineludible ‘destino de grandeza’ la amalgama de europeos inmigrantes situados en Buenos Aires y otros centros urbanos, la presencia de argentinos blancos descendientes de inmigrantes, gauchos y, por último, indios no incorporados a la nación y reticentes a ella. [32]

Nación y raza se entrelazan en Ingenieros en la búsqueda del ‘ser nacional’ y de una ‘argentinidad blanca’ aún a conformar una vez eliminados los elementos refractarios propios de la herencia indígena y las taras del mestizaje. [33] En esta clave la formulación de su *Sociología Argentina* constituirá un colosal intento de fundamentación sociobiológica de la formación de una ‘raza argentina’, así como de una profunda adhesión a los principios del determinismo que niegan la libertad, a los postulados de la desigualdad entre los seres que niegan la igualdad y al principio de la lucha por la vida que niega la fraternidad.

De todos modos a pesar del rol relevante que jugaran los intelectuales mencionados dentro del campo de la cultura científica argentina y en la legitimación de un orden social claramente estratificante y elitista, nuestro interés respecto a estas elites intelectuales no es trazar una ‘lectura conspirativa’ que impida diferenciar los matices y ambivalencias en sus diferentes concepciones sociológicas y políticas al arriesgo de caer en una mirada monolítica de posicionamientos y prácticas que no lo fueron. Tampoco nos atañe en este caso específico el análisis de las posibles motivaciones que condujeron a tales o cuales afirmaciones, así como propender a un examen moralizador sobre el contenido de las mismas.

En otras palabras, no es el ‘autor en sí’ [34] lo que nos interesa indagar sino más bien los efectos de verdad que se desprenden de tales discursos, esto es, la trama en la que estos se inscriben y lo que producen colectivamente. [35] En suma, lo que nos interesa es desentrañar el funcionamiento de tales enunciados, las prácticas sociales concretas que generan y, en este caso, la efectividad que las mismas tendrán en la invención de la otredad en la Argentina moderna.

Auscultar los peligros que acechan la ciudad

Higienizar la nación, examinar lo que se esconde y trasmite en los cuerpos, medicalizar y sancionar los posibles degeneramientos o anormalidades de los mismos. Tales parecen ser las proclamas de higienistas y criminólogos en la Argentina de fines del siglo XIX e inicios del XX en la acción defensiva frente a los peligros que acechan a la ciudad.

Este ejercicio de profilaxis social en pos de salvaguardar los valores de una sociedad tradicional civilizada, simbolizada en la familia monogámica, patriarcal, blanca y heterosexual, requerirá de ciertos instrumentos estatales que posibiliten construir sujetos-sujetados a los requerimientos de la invención del ‘ser nacional’ deseado. Es el deseo por la construcción de una nación ideada que requerirá para su materialización de dispositivos específicos que permitan el desarrollo de un doble juego de inclusión-exclusión a manos de estrategias disciplinarias como la educación, el servicio militar obligatorio, la medicina y el derecho dentro del naciente campo de las ciencias sociales en la Argentina moderna. [36]

Disciplinar al cuerpo social mediante la creación de estos dispositivos supone por tanto la potencialidad por parte del Estado de administrar la vida de los sujetos en pos de constituir una clase de individuos sanos para el mundo del trabajo y, a su vez, combatir aquellas enfermedades psicológicas y morales que amenazan la salud poblacional. Son los peligros que encierran la niñez abandonada, locos, prostitutas, homosexuales, delincuentes y extranjeros como formas de la otredad o gente de ‘mala vida’ que irrumpen en momentos del despliegue del liberalismo como arte de gobierno de los cuerpos[37] en la Argentina

moderna. La emergencia de estos peligros sociales o gente de ‘mala vida’ [38] será consecuencia del profundo estallido de la ‘cuestión social’ en la Argentina en las primeras décadas de siglo XX como producto de las desigualdades sociales generadas por la implementación de un modelo oligárquico agroexportador que tendía a acentuar y naturalizar las desigualdades sociales. Por ello, frente a la ruptura de lo social a raíz del aumento de tales desigualdades, aquellas conductas tenidas como antisociales serán objeto de observación, fichaje y tratamiento por parte de un funcionariado de Estado con una fuerte impronta médico-legal, en el intento de procurar ‘resocializar’ aquellos sujetos pensados como verdaderas ‘enfermedades sociales’ capaces de poner en riesgo la salubridad de la ciudad.

En esta dirección, el dispositivo criminológico argentino constituido a finales del siglo XIX y comienzos del XX actuará como una estrategia de invención de un campo de subjetividades deseables para la modernización de la nación, así como un mecanismo de control social de aquellos sujetos ubicados en las fronteras de lo patológico y del delito. Se trata concretamente de la constitución de un Estado médico-legal con una fuerte influencia de los postulados del higienismo social,[39] que articulará por un lado la legitimidad de los discursos científicos pertenecientes a las elites intelectuales, los cuales jugarán una función tutelar respecto a la descripción imparcial de las causas de ‘nuestros males’ y el remedio de los mismos, y por el otro, el desarrollo de una mirada penetrante y vigilante sobre los cuerpos -al estilo del panóptico de Bentham analizado por Foucault-[40] en pos de regular, sancionar y resocializar los hábitos y compartimientos de estos sectores tenidos como potenciales peligros para el orden social.

Así pues, la criminalidad será percibida como una enfermedad psicológica y moral de la cual la sociedad debe necesariamente defenderse. Diagnosticar y reprimir los peligros internos aparecerá entonces como una acción desiderativa a emprender por las instituciones del Estado -como los hospitales, instituciones de alienados mentales y cárceles- en resguardo de los caracteres morales que hacen a la nacionalidad y como acción defensiva frente a los flujos virulentos y patológicos encarnados principalmente en la clase obrera.[41]

Será el propio Ingenieros, como uno de los de los máximos exponentes de la criminología positiva en la Argentina, quien definirá el fenómeno delictivo como una

conjugación tanto de factores endógenos -propios de la constitución fisiológica del delincuente- como exógenos -propios del medio donde éste actúa-. Sin pretender entrar en un abordaje exhaustivo acerca del aparato criminológico diseñado por Ingenieros resulta al menos importante señalar las divisiones centrales de su método positivo de criminología y su propuesta de una nueva clasificación de los delincuentes dividida en: a) etiología criminal: dirigida al estudio de las causas determinantes del delito; b) clínica criminológica: abocada al estudio de las diferentes formas de manifestación del acto delictivo; c) terapéutica criminal: focalizada en el estudio de las medidas sociales e individualizadas de profilaxis social y represión del delito. [42]

En este sentido, el delincuente constituirá para Ingenieros, a diferencia de los postulados de la escuela positiva italiana de Cesare Lombroso y la influencia determinante atribuida a las condiciones biopsíquicas en la consumación del delito, [43] el resultado de un tipo de anormalidad física y psíquica que requiere necesariamente de un medio propicio para consumir sus impulsos antisociales.[44] De tal modo, la preocupación tanto de Ingenieros al igual que de otros ‘hombres de ciencia’ tales como Francisco de Veyga, Benjamin Solari, Víctor Mercante por la propagación de la anormalidad y la degeneración entre la población conllevará la labor de auscultar, delimitar y sancionar las fronteras entre lo normal y lo patológico en aras de emprender acciones directas que posibiliten la defensa del orden y los valores establecidos.

En esta particular construcción de la otredad la figura del anarquista constituirá una de las mayores expresiones de lo que será percibido como una amenaza social proveniente del fuera pero que acecha desde adentro producto del aluvión inmigratorio acaecido durante este proceso de modernización de la Argentina en el período en cuestión. En este contexto, la figura del anarquista será visualizada como el caso paradigmático de ese Otro-extranjero del cual hay que defenderse y, a su vez, evitar el contagio de la enfermedad moral que conlleva el mismo. No resulta por cierto un ejercicio meramente descriptivo mencionar la sanción en 1902 de la ley de Residencia o ley Cané [45] que prescribió la expulsión de aquellos extranjeros sediciosos en el contexto de la primera huelga obrera general en la Argentina,[46] y, además, la promulgación en 1910 de la ley de Defensa Social que tipificó el anarquismo como delito público. [47]

En esta dirección, Ingenieros en su análisis acerca de la psicología de los ‘agitadores’ y las ‘multitudes’ considerará al Otro-extranjero y, fundamentalmente al Otro-extranjero anarquista, como la expresión en ciertos casos de un ‘misticismo antisocial’ a veces ilustrado con atuendo científico, pero en su gran mayoría de: “...*simples degenerados, en quienes la herencia mórbida se asocia a la miseria, la ignorancia, el alcoholismo, la pobreza fisiológica, todo, para engendrar un espectro de agitador tanto más fanático y peligroso cuanto mayor es su inferioridad mental.*”[48] Por tanto, la indeseable presencia y visibilidad social de estas multitudes amorfas no parecen resultar otra cosa que una manifestación descarnada de la miseria física y moral de estas existencias plagáticas a las cuales hay que combatir necesariamente.

El deseo por alcanzar la modernización del país supondrá la necesidad de medicalizar las múltiples formas de la barbarie por parte de estos ‘hombres de ciencia’ guardianes de la civilización y portadores de los conocimientos legítimos capaces de resguardar a la misma. [49] Por ello, el diseño de la Argentina moderna configurará una máquina devoradora de otredades capaz de alimentarse de éstas y de procesarlas por el filtro que subsume la deseabilidad para la vida de las mismas. En otras palabras, la búsqueda de la ‘argentinidad ideada’ dará lugar a la generación y aplicación de un ‘terror étnico’, orientado hacia el conjunto de aquellas alteridades pensadas como impedimentos o elementos refractarios para la nación, como resultado de una élite intelectual y el desarrollo de una maquinaria estatal decididamente otrificadora, alterofílica y alterofóbica.[50]

Referencias bibliográficas

- [1] Seguimos en este punto la formulación efectuada, desde el enfoque de una historia intelectual, por el filósofo e historiador argentino Oscar Terán respecto a la denominación de ‘cultura científica’ como el conjunto de intervenciones teóricas efectuadas por los ‘hombres de ciencia’ de la Argentina moderna (1880 -1910) encuadradas en la legitimidad y el rol directriz que debía asumir el conocimiento científico en la organización de la vida social. Véase al respecto, Terán, Oscar: *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas del conocimiento científico*. Buenos Aires – México, FCE, 2000.
- [2] Se trata de la referencia explícita formulada por el entonces Gral. Julio Argentino Roca una vez finalizada la acción genocida perpetrada hacia las poblaciones originarias de la Patagonia Argentina conocida bajo el eufemismo de ‘conquista del desierto’ iniciada a mediados de 1879.
- [3] Bunge, Carlos: *Nuestra América. Ensayo de psicología social*. Madrid, Espasa-Calpe, 1903.
- [4] El concepto de ‘aspirabilidad’ en Bunge remite a la capacidad que poseen los individuos superiores de evolucionar indefinidamente. En contraste la propensión a la ‘aspirabilidad’ resulta negada en Bunge en aquellos individuos considerados inferiores tales como el mulato y el negro.
- [5] Véase al respecto para una lectura del fatalismo de los pueblos americanos en el pensamiento de Bunge: Miranda, Marisa - Vallejo, Gustavo: “Sociodarwinismo y psicología de la inferioridad de los pueblos Hispanoamericanos. Notas sobre el pensamiento de Carlos Bunge”, en Revista *FRENIA*, Vol. VI, 57-77, 2006.
- [6] Bunge, Carlos: Op.cit. p. 126.
- [7] *Ibíd.* p. 160.
- [8] Para Bunge en última instancia todo mestizo físico reproduce un mestizo moral lo cual explica tanto el degeneramiento físico y moral en la constitución de este híbrido antropológico.
- [9] Biagini, Hugo: “América latina continente enfermo” en Miranda, Marisa - Vallejo, Gustavo (eds.), *Políticas del cuerpo. Estrategias modernas de normalización del individuo y la sociedad*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- [10] Bunge, Carlos: Op.cit. p.150.
- [11] Cfr. *Ibíd.*
- [12] *Ibíd.* p. 140.
- [13] *Ibíd.* p. 183.
- [14] Funes, Patricia - Ansaldi, Waldo: “Patologías y rechazos. El racismo como factor constitutivo de la legitimidad del orden oligárquico y la cultura política latinoamericana” en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Nueva época, Vol. 1, número 2, sept-dic, 1994.
- [15] Cfr. Ricaurte, Soler: *El positivismo argentino*. Buenos Aires. Paidós. 1968. De acuerdo al análisis propuesto por Soler el positivismo en la Argentina mantuvo diferencias con el positivismo desarrollado en Europa. Dentro de estas diferencias, no se trató en estas latitudes de una adhesión directa al evolucionismo mecanicista propuesto por Spencer, sino más bien, se orientó hacia la recepción de las tesis darwinistas vía Ernst Haeckel, al evolucionismo universal y a la concepción del mundo formulada por el naturalismo.

[16] Además de su militancia socialista que abandonará en 1899 el ‘joven Ingenieros’ también participó de la revista ‘La Montaña’ la cual constituyó un órgano de discusión de las ideas socialistas y anarquistas en la Argentina de comienzos de siglo.

[17] Es menester también señalar, además de dichas funciones efectuadas por Ingenieros al interior de la ‘maquinaria estatal’, su carácter de director desde 1902 a 1913 de los Archivos de Psiquiatría y Criminología y Ciencias Afines orientados al estudio y tratamiento de los problemas relativos a la ‘cuestión social’ y la ‘mala vida’ en la Argentina.

[18] Es interesante hacer notar que la narración de estas *Crónicas* será el resultado del viaje a Europa emprendido por Ingenieros como secretario del entonces presidente Julio A. Roca, el célebre general ideólogo y ejecutor de la campaña genocida llevada a cabo en la década del 80’ sobre los pueblos originarios de la Patagonia Argentina.

[19] Ingenieros, José: *Crónicas de Viaje. Al margen de la ciencia 1905 – 1906*. Buenos Aires, Elmer editor. 1957.

[20] Cfr. Op.cit.

[21] *Ibíd.*

[22] *Ibíd.* p. 117.

[23] *Ibíd.* p. 118. Las itálicas nos pertenecen

[24] *Ibíd.* pp. 122-123.

[25] Ingenieros, José citado en Terán, Oscar: Op.cit. p. 296. El paréntesis nos pertenece.

[26] Cfr. Ricaurte, Soler: Op.cit.

[27] Díaz, Martín E.: “Racismo epistémico y monocultura: Notas sobre las diversidades ausentes en América Latina” en *Revista de Epistemología y Ciencias Humanas*. Universidad Nacional de Rosario - Universidad Nacional del Litoral. Junio 2011. Año I, N° 3, ISSN 1852-625X.

[28] Cfr. Mignolo, Walter: “La colonialidad a lo largo y lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” en Lander, Edgardo (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000.

[29] Cfr. Barra Ruatta, Abelardo: “Carne, deseo, dolor, liberación. Una aproximación a una biopolítica latinoamericana” en Barra Ruatta, Abelardo (comp.): *Siete ensayos para una bioética y una biopolítica latinoamericana*. Río Cuarto, Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto, 2009.

[30] Ingenieros, José citado en Biagini, Hugo: Op.cit. p. 350.

[31] Cfr. Biagini, Hugo: Op.cit.

[32] Ingenieros, José: *Sociología Argentina*. Buenos Aires. Editorial Losada. 1946.

[33] Cfr. Talak, Ana María: “Eugenesis e higiene mental: usos de la psicología en Argentina (1900-1940)” en Miranda, Marisa - Vallejo, Gustavo (comp): *Darwinismo social y eugenesis en el mundo latino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

[34] Foucault, Michel: *¿Qué es un autor?* México, Universidad Nacional de Tlaxcala, 1985.

[35] Cfr. Murillo, Susana: *Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*. Buenos Aires, CBC, UBA, 1996.

[36] Véase al respecto el interesante trabajo de Jorge Salessi acerca de los alcances del higienismo y la criminología en la Argentina entre 1871 y 1914; Salessi, Jorge: *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la*

nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914). Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2000.

[37] Cfr. Foucault, Michel: *Seguridad, territorio y población*. Curso en el Collège de France (1977-1978). Buenos Aires, FCE. 2006.

[38] La preocupación por la ‘mala vida’ aglutinó a los sujetos considerados ‘gentes de malvivir’, ‘fronterizos del delito’, o ‘sujetos marginales’ en un listado que se extendía desde la prostitución y el alcoholismo hasta los ‘echadores de cartas’ y ‘hechiceros’. Véase entre una bibliografía copiosa sobre el tema: Suriano, Juan: *La Cuestión Social en la Argentina (1870 – 1943)*. Buenos Aires, Editorial La Colmena, 2000; Zimmermann, Eduardo: *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890 – 1916*. Buenos Aires. Universidad de San Andrés, Editorial Sudamericana, 1995.

[39] Cfr. Murillo, Susana: “Alienismo y Modelo Correccional. La Paradoja del contrato social” en: *La Criminología del Siglo XXI en América Latina. Parte II*. Buenos Aires. Editorial Rubinzal Culzoni. 2002.

[40] Cfr. Foucault, Michel: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI. 1987.

[41] Cfr. Salessi, Jorge: Op.cit.

[42] Para una lectura en detalle al respecto de este programa criminológico véase, Ingenieros, José: *Criminología*. Córdoba, Buena Vista Editores, 2007. (1ra. edición 1916).

[43] Es menester mencionar en este punto el rechazo de Ingenieros en torno a la teoría de Lombroso de la existencia de un ‘tipo delincuente’ puesto que para el médico criminólogo argentino en el delincuente es posible encontrar la abundancia de anomalías morfológicas comunes a todos los degenerados. El desarrollo completo de este contrapunto aparece expuesto claramente en, Ingenieros, José: “Las teorías de Lombroso ante la crítica” en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*. 1902.

[44] Ingenieros, José: “Valor de la psicopatología en la Antropología criminal” en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*. 1902.

[45] La ley de residencia N° 4144 sancionada el 22 de de noviembre de 1902 bajo la presidencia de Julio A. Roca tipificaba en su artículo 2º: *El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público*. *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados, Congreso Nacional, República Argentina, 1902.

[46] Es menester mencionar que en este mismo año se comenzó a dar forma al borrador de la primera ley del trabajo en la Argentina conocida como el informe Biale-Massé, en el cual Ingenieros trabajó en la redacción de los borradores preliminares a la promulgación definitiva en 1915 de la primera ley de regulación del trabajo en Argentina.

[47] La ley de Defensa social, promulgada por el congreso en el contexto del centenario de la Argentina, ampliaba el carácter persecutorio de la ley de Residencia al prescribir la expulsión de cualquier extranjero que perturbara o atentara contra la seguridad nacional.

[48] Ingenieros, José: “La psicopatología en el arte. Agitadores y multitudes” en ‘Hacia la justicia’ *Archivos de Psiquiatría y Criminología y Ciencias Afines*. 1903. p. 29.

[49] Cfr. Ferro, Gabo: *Degenerados, anormales y delincuentes. Gestos entre ciencia, política y representaciones en el caso argentino*. Buenos Aires, Editorial Marea. 2010.

[50] Cfr. Segato, Rita: *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de identidad*. Buenos Aires, Prometeo Libros. 2007.